

Toto Schmucler¹

Alejandro Incháurregui

Conocí personalmente a «El Toto» a mediados de 1991. Entonces, sólo registraba vagamente algunos datos de su actividad intelectual. Quizás la única certeza que tenía era que Toto era, en realidad, «el Toto», como lo llamaba nuestra amiga Lila Pastoriza. Por capricho de la memoria, en aquel momento tenía presente el artículo «*Miedo y Confusión*»². Más lejanamente, aparecía el famoso prólogo de «*Para leer al Pato Donald*» y «*Pasado y Presente*».

Toto nació en Hasenkamp, Entre Ríos. La tuberculosis de su madre llevó a la familia al clima seco de Córdoba; el propio Toto contraería de joven la enfermedad. La familia se afincó en el Barrio Inglés de la capital, donde explotaban un almacén de ramos generales. Su padre le decía «tátele», vocablo muy amoroso que en idish significa «papito». Del otro lado del mostrador, los clientes entendían que el padre llamaba al niño «Toto» y así lo repitieron. Por ese motivo, Héctor fue «el Toto».

El Toto había escrito «*Miedo y confusión*» dos años antes de conocernos. Así comenzaba: «El 28 de enero de 1977 –conjeturamos– desapareció Pablo, mi hijo (...) Pienso que si pudiera registrar, por ejemplo, ‘a mi hijo lo mataron el 28 de enero de 1977 y su cuerpo fue sepultado en un cementerio’ sería posible reconocer un camino hacia la calma». Ese texto para quien se dedicaba a exhumar restos óseos de desaparecidos, difícilmente pasaría inadvertido.

Toto padecía esa siniestra figura represiva: la desaparición forzada. Siempre lo decíamos: los allegados a los desaparecidos oscilan entre la realidad de la desaparición y la irrealidad de la muerte. Toto buscaba respuestas hurgando en sí mismo, también oscilando, entre lo afectivo y la razón. Y hallaba palabras para lo inefable: «El desaparecido no es el ‘no muerto’, sino el privado de la muerte... Los desaparecidos, cuanto

¹ Agradezco a mi hijo Manuel Incháurregui sus consejos sobre la redacción de este texto.

² Schmucler Héctor. «Miedo y Confusión». *La Ciudad Futura, revista de cultura socialista*, (10), abril de 1988.

tales, no propician una memoria. Son una espera; son, en todo caso, un puro dolor que vive en el doliente...»³.

Como consecuencia natural, el Toto indagaba sobre las memorias. Había que recordar. Quedaba por resolver el «qué» y el «cómo». Sobre este último, desdeñaba los monumentos y las placas memorativas al tiempo que tomábamos conciencia que vivíamos una época de monumentalizaciones. Pensaba que a fuerza de acostumbramiento, una placa podía contribuir al olvido: «la memoria congelada», decía. Y proponía como alternativa al olvido, preguntarse «Cómo fueron posibles los hechos, cómo fue posible el genocidio». El eco perpetuo de ese interrogante y no la edificación de una supuesta respuesta, mantendría en la memoria aquello que no queremos olvidar. Y si recordar es un acto volitivo, ambos habíamos decidido recordar dos sucesos, que sin saberlo, serían complementarios.

1991

Como dije, conocí personalmente a «El Toto» a mediados de 1991. Un amanecer de junio, iba en un colectivo hacia el aeropuerto de Ezeiza donde abordaría un avión hacia Lima, a impartir un seminario en mi condición de miembro del Equipo de Antropología Forense. Era ese momento de entresueño urbano, en el que la luz incipiente empezaba a entibiar la mañana. Absorto en mis pensamientos, posaba los ojos sobre el vidrio, que reflejaba más que nada el bullicioso pasillo que el exterior del ómnibus.

Mientras las imágenes del interior y de la calle se iban solapando, vi el reflejo de un pasajero que ascendió en el obelisco y se sentó a mi lado. Sentí que acomodaba sus bolsos y giré la cabeza para verlo. Minutos después, extrajo lo que parecía ser un trabajo tipeado en una máquina eléctrica. Comenzó a hojearlo, avanzó y retrocedió, hizo una lectura rápida del texto. Alcancé a leer un título que no recuerdo y el nombre de su autor: «Héctor Schmucler». Me pregunté si sería el «Toto», el sociólogo de la comunicación. Amaneció. La ventanilla dejó de ser un espejo.

En el aeropuerto coincidimos también en el embarque. Iríamos en el mismo vuelo. Saludó a una señora que minutos después pasó a mi

³ Schmucler Héctor. «Ni siquiera un rostro donde la muerte hubiera podido estampar su sello». *Confines*, (3), septiembre de 1996.

lado. Le pregunté si había saludado a Toto Schmucler y me respondió «sí, claro». Era él. Una vez en vuelo, me presenté, ocupé el asiento vacío a su lado y comenzamos una charla que continúa aún hoy, después de su muerte.

Una nueva y dudosa coincidencia hizo que dos semanas después compartiéramos el regreso desde Lima. Nos separamos en el obelisco. «Vengo una vez por mes a Buenos Aires, la próxima vez que venga te llamo para seguir charlando», se despidió afectuoso el Toto. Porque hasta entonces lo poco que sabía del Toto se relacionaba con su actividad intelectual. Al conocerlo personalmente, se imponía la dimensión de su calidez.

Así comenzó la rutina de vernos mensualmente. El Toto disfrutaba y permitía al otro disfrutar las conversaciones. Nunca lo apremiaba el tiempo; sabía escuchar y hacía las preguntas adecuadas que habilitaban la reflexión propia y ajena. Su calidez, en parte, la expresaba con la cadencia de su voz, sin urgencias; sus pausas y sus manos decían tanto como sus palabras.

La sexta vez que nos encontramos finalmente se dio una conversación que parecía aplazada, pero solo ocurriría en el momento oportuno. En una oficina amplia, dispusimos dos sillas casi enfrentadas y nos sentamos, inclinándonos el uno hacia el otro para escuchar nuestras voces deliberadamente bajas. Nada lo anunció, pero sabía que hablaríamos de Pablo, su hijo desaparecido.

Enero de 1977

Mi amigo Alfredo Reboredo, militante montonero, fue secuestrado en La Plata por efectivos de la Policía de la Provincia de Buenos Aires el sábado 29 de enero de 1977 a las 11 de la mañana. Transitoriamente, era el responsable de la UES de La Plata, Berisso y Ensenada. Está desaparecido.

A las 48 horas, los allegados comenzamos la reconstrucción de lo sucedido. Ese día muy temprano, Alfredo se había reunido con Rubén Scognamiglio y con un compañero cordobés cuyo nombre desconocíamos y sobre el cual no indagamos demasiado. Tremenda omisión. El cordobés llegó trasladado por la organización. Scognamiglio, quien sobrevivió unas semanas hasta su desaparición, dijo que concluida la reunión, ambos salieron juntos en busca de una pensión.

Dos días después, los primeros testigos que furtivamente entrevistamos, nos dijeron que dos jóvenes caminaban por la avenida 7 del centro platense. Una patota que se desplazaba en dos autos les dio la voz de alto. Uno de ellos, que resultó ser Alfredo, fue detenido e introducido en el baúl de uno de los vehículos. El segundo, que fundadamente conjeturamos, era el cordobés, corrió hasta la esquina mientras era tiroteado y giró por la calle 56 hasta llegar hasta la calle 4. Se introdujo en un edificio y subió a la azotea intentando evitar los disparos. Cuando el muchacho perseguido entró, Mario Bilic, el encargado, estaba en la puerta. Le advirtió que no subiera; no tendría escapatoria.

Ya en la azotea, mientras le disparaban desde abajo, el joven gritó ¡viva la patria! y cayó al vacío. Iba con un libro en la mano, pero cuando el cadáver fue colocado en la ambulancia policial, tenía una pistola.

Durante la persecución, los asesinos tiraron en todas direcciones, perforando los surtidores del Automóvil Club. Además hirieron a dos peatones que pasaban a más de 100 metros, uno de ellos murió días después.

El encargado del edificio, consternado, fue a pedir ayuda a los custodios policiales de Jorge Rubinstein, allegado a David Graiver que vivía a pocos metros. Pero esos policías le recomendaron que no se metiera porque «esos de las patotas eran unos asesinos». Cuarenta y cinco días después, Rubinstein sería secuestrado y moriría en cautiverio en «Puesto Vasco», centro clandestino de detención de la misma policía.

Otro de los testigos que se avino a contar lo sucedido, relató: «fue una balacera impresionante. El muchacho gritó ¡viva la patria! y se arrojó al vacío. Cuando caía, los polis seguían disparando. Cuando cayó, todos, incluyendo los canas, se quedaron atónitos. Se produjo un gran silencio. ¿Sabe qué fue lo peor?, que a los cinco minutos de habérselo llevado, era como si nada hubiera pasado. La rutina de sábado a la mañana continuó como siempre».

Al día siguiente, la noticia fue publicada como trascendido en el diario «El Día». El título decía: «Abatido en La Plata. Un delincuente subversivo fue abatido ayer en el radio céntrico de nuestra ciudad, según informaron fuentes allegadas a la policía. El episodio se registró a escasos 200 metros de la sede gubernamental».

En el acta de defunción consignada por el médico de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, se estableció que «el NN» falleció como consecuencia de heridas de bala. Unos días después fue sepultado como tal en el cementerio municipal de La Plata y, en 1982, los restos fueron

trasladados al osario. Por ello nunca se los pudo identificar científicamente.

Alfredo Reborado fue visto por varios testigos en el centro clandestino de detención de Arana y luego, en la Comisaría 5ta de La Plata. Durante el cautiverio, los secuestrados jugaban a las damas chinas con piedritas del contrapiso del calabozo. El tablero era la camisa a cuadros que llevaba el cordobés al ser asesinado. El tabique ensangrentado con el que le vendaron los ojos era una tira de la misma camisa.

Alfredo estuvo en cautiverio hasta el 7 u 8 de abril. Habría sido ejecutado en esos días de Semana Santa. Releyendo los testimonios, la deducción lógica era que el secuestrado era Alfredo y el muerto, el «cordobés».

Pablo

Pablo Hipólito Schmucler nació un 25 de mayo. En 1977 hubiera cumplido 20 años. Toto me contó en aquella oficina lo poco que sabía sobre la desaparición de su hijo. La fecha se deducía porque no concurrió a un cumpleaños donde se lo esperaba. Tenía que ir a La Plata a una cita «de enganche» con la UES, pero ignoraba otros detalles.

El estaba en México y quien había intentado averiguar lo sucedido con Pablo fue Miriam, su madre. De ella recibió el fatídico mensaje: «Pablo está muy enfermo». Significaba que había desaparecido. A partir de entonces, Toto buscó sin éxito entre los exiliados, en los testimonios de los liberados de centros clandestinos de detención y en la organización Montoneros.

Su relato en la penumbra de aquella oficina estaba cargado de pesar, pero carecía de algún atisbo melodramático. Las circunstancias eran coincidentes y complementarias con las de la desaparición de mi amigo y la muerte de quien iba con él. Me tomó apenas unos segundos suponer que el hijo del Toto debía ser el cordobés que iba con Alfredo. No obstante, no lo interrumpí. El cordobés... tantas veces evocado y por el cual casi no habíamos indagado.

El relato le llevó una media hora. Cuando calló, le dije: «creo estar bastante seguro de lo que sucedió con tu hijo». El Toto contuvo la conmoción. Habían transcurrido 14 años de aquel día.

De inmediato ambos comenzamos a chequear los datos. Toto recuperó la versión de Miriam, la madre de Pablo. Yo retomé el contacto

con los testigos con quienes había hablado hacía más de una década. Comencé por María José, la compañera de Alfredo y la primera en advertir su ausencia. Luego, su padre y los vecinos de 4 y 56. A Mario Bilic, el encargado del edificio, lo reencontré postrado por un cáncer terminal. Toto me había dado un par de fotos de Pablo, que mostré al testigo. «Era él. Dígale al padre que, por lo menos, no lo torturaron», sentenció.

Otros testigos recordaban patente el grito de «¡Viva la Patria!» antes de morir. Pablo, tan luego, había nacido un 25 de mayo. La coincidencia llevaría al Toto a escribir el texto «*En el nombre de la patria*»,⁴ uno de cuyos párrafos dice «La memoria se volvió mortificante: no logra instalarse en una fecha de nacimiento ni en una fecha de muerte. El desaparecido no cumple años. El día de nacimiento queda abandonado como punto de partida para establecer una edad.»

Luego de trece años, los testigos ratificaron fielmente sus testimonios, algo sorprendente, porque el trabajo de la memoria suele modificar nuestros recuerdos. No obstante la contundencia testimonial y la lógica consecuencia de postular que quien había muerto aquel día era el hijo del Toto, ambos teníamos la necesidad de obtener una certeza científica. La reducción de los restos NN en 1982 había imposibilitado una identificación forense. Pablo había desistido de partir al exilio «porque acá estaba la sangre de sus compañeros», un mandato constitutivo de muchos de aquellos jóvenes que comprendo profundamente.

Quedaba buscar registros de los hechos en la Policía de la Provincia de Buenos Aires. La burocracia siempre deja rastros. Busqué excusas de cualquier tipo para ir a la Jefatura de la Policía de la Provincia de Buenos Aires. Muchas visitas, las hice con Maite en brazos, mi beba recién nacida. Toto, por su parte, me seguía de cerca y continuaba reflexionando sobre algunos temas afines: la desaparición de Pablo lo había colocado ante un universo a ser pensado: el de los sistemas concentracionarios. Los secuestros, la tortura, la muerte, los muertos, los perpetradores, los sobrevivientes, los desaparecidos. Y la pregunta: ¿cómo fue posible?

El grupo de reflexión

Pasaban los años y mi amistad con el Toto crecía. A partir de inquietudes e incertidumbres comunes, organizamos un «grupo de re-

⁴ <https://www.elcohetecaluna.com/en-nombre-de-la-patria/>

flexión» con Daniel Merialdo, Lila Pastoriza, Víctor Bastera, Emilce Moler, Andrea Perdoni, Mabel Bellucci. Alguna vez fue Roberto Baschetti y otros amigos. En el grupo abordábamos y problematizábamos temas que en general se evitaban. La mayoría de ellos estaban relacionados con las situaciones extremas vividas durante la vida militante, el cautiverio o el exilio. Indagábamos cómo se escribían algunas historias a partir de omisiones, silencios y la tendencia a adecentarlas víctimas. El clima de confianza, respeto y afecto facilitaba el diálogo abierto y el abordaje franco de lo que Primo Levi llamó «la zona gris».

En efecto, habíamos absorbido a Primo Levi, Elie Wiesel, Imre Kertész, Hannah Arendt, Robert Antelme, cuando nos atravesó la publicación de Jorge Semprún, «La escritura o la vida». El Toto no escindía la realidad de la literatura y le resultaba un desafío cómo contar algunas de estas historias. «*La noche de los lápices*», era el paradigma negativo. Soslayaba acontecimientos políticos como la lucha por el boleto escolar secundario propiciada por la UES en 1975. Uno de los artífices había sido precisamente Alfredo Reborado, egresado del Colegio Nacional de La Plata, luego proletarizado al concurrir a un colegio industrial nocturno de Berisso a estudiar técnico electricista y alzado en armas. Una de las del grupo, Emilce, prácticamente había sido desaparecida del relato conocido. Sin tener en cuenta este tipo de elementos, el secuestro de adolescentes resultaba tan incomprensible para la sociedad como ofensivo para los ausentes.

Toto, divertido, tomaba prestada la frase de Ema Cibotti, quien decía que de tanto repetir que el 25 de mayo de 1810 había llovido, los alumnos iban creer que aquellos acontecimientos fueron posibles gracias a la lluvia. A la distancia, otro amigo, Jack Fucks coincidía, desdeñando el concepto de la liberación de Auschwitz: «que a mí no me la cuenten. El General soviético Petrenko se chocó con Auschwitz ya sin nazis. Nada de liberación» decía enojado, algo que divertía a todo el grupo.

Toto elogiaba «*Shoah*», el film de Lanzmann. «No tuvo necesidad de mostrar un solo hueso para exponer el horror», decía, a la vez que criticó «*La Lista de Schindler*» por pretender estetizar el horror. «No se puede colocar un objetivo en una cámara de gas», sentenció. Fue una de las escasas oportunidades en que vi al Toto taxativo. Por el contrario, vimos juntos «*Voyages*», de E. Finkel; satisfechos y todavía envueltos en el clima del film, entre dos prolongados silencios, dijo «es el tipo de película que me gusta».

1996. El acceso a los prontuarios cadáveres en soporte microfilm

En 1996 supe que en la Jefatura de la Policía de la Provincia de Buenos Aires había microfilms relacionados con los fallecidos registrados en la Dirección de Antecedentes Personales. Ese tipo de soporte siempre huele a conspiración. Averigüé dónde estaban físicamente aunque desconocía el contenido. Decidimos que el Toto, legitimado por ser el padre de un desaparecido en la Provincia de Buenos Aires, denunciaría ante la Jueza en lo Penal Elva Demaría Massey la existencia de los microfilms. No se podía descartar que allí hubiera información sobre el joven fallecido el 29 de enero en la esquina de 4 y 56. Solicitaríamos el acceso a esa documentación.

Un día de diciembre de 1996 nos presentamos ante la amable jueza. Un juzgado penal no era un lugar con el que el Toto estuviera familiarizado. De todos modos, se generó entre la jueza y el Toto una espontánea corriente de simpatía. Más allá de la natural justeza de la solicitud, creo que ese vínculo fue determinante, porque la jueza se avino a apoyar todo lo solicitado

Lejos, la medida más importante consistía en allanar la Jefatura de «la maldita policía» para obtenerlos microfilms. Se cumplió la medida, algo que disgustó al Jefe de Policía, Aníbal Vitelli, acostumbrado a jueces penales domesticados. Para peor, una jueza.

Como conclusión, se habían microfilmado huellas dactilares y en el procedimiento se había reducido su tamaño 41 veces. Volver las imágenes al tamaño original y lograr la calidad suficiente para que sean comparadas por un perito en dactiloscopia, me llevó dos años.

No estaban las huellas de la persona que murió el 29 de enero de 1977 en la esquina de La Platani de todos los desaparecidos. Pero el hallazgo sí permitió la identificación de algunas decenas de ellos. Silenciosamente, el Toto acompañaba cualquier iniciativa investigativa para confirmar qué había sucedido con su hijo. Y en ocasiones como esta, esa búsqueda conducía al esclarecimiento de otros casos.

El Toto en la esquina de 4 y 56

El juzgado donde el Toto hizo la denuncia, está ubicado a cuatro cuadras de la fatídica esquina de 4 y 56. El día de la presentación judicial, luego de cumplir las formalidades, decidió ir por única vez en su vida.

Eran las 11 de la mañana; se tomó de mi brazo para caminar la distancia de cuatro cuadras. A medida que nos acercábamos, los pasos del Toto se hicieron más cortos, más lentos y su cabeza y su torso se flexionaron más y más. Nunca su lenguaje corporal fue tan explícito. Sin dudas, envejeció por un rato. Cuando llegamos me pidió algunas precisiones sobre aquel día. Frente al edificio, una de las diagonales de la ciudad determina que esa manzana sea triangular. Observó, giró 360 grados, y levantó la mirada hacia la azotea del edificio. Luego la bajó y sin que dijera nada supe que nos íbamos.

Camínamos en silencio y Toto fue recuperando la postura. Hizo un comentario sobre el aroma de los tilos y recordó que había regresado de México el 22 de abril de 1985, el día que comenzó el juicio a los ex comandantes. Durante los primeros meses estuvo desconcertado porque no lograba precisar qué era lo que tanto había extrañado de Córdoba durante el exilio, hasta que llegó la primavera y florecieron las plantas silvestres de los cerros. Era el aroma de esas flores y todas las asociaciones que conllevaban lo que tanto había extrañado.

El archivo de la DIPBA

Aquella búsqueda que confirmara fehacientemente la identidad de Pablo como la persona fallecida el 29 de enero de 1977, continuó. Probablemente, el momento más destacado, fue cuando accedí al archivo de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPBA). Una secuencia de acontecimientos que el Toto también observó de cerca me llevaron allí: a la búsqueda perpetua se sumó un Ministro, León C. Arslanian, que no sólo había sido uno de los jueces que había juzgado a los ex comandantes, sino que su identidad armenia lo sensibilizaba y comprometía más allá de los límites de la función pública. Recuerdo que en una distendida conversación con Arslanian sobre la DIPBA, surgió el relato de otro desaparecido, Osip Mandelstam, sobre Armenia⁵.

Toto estaba pendiente desde Córdoba no solo por si se hallaba alguna documentación, sino por su interés acerca de «cómo se escribiría esta otra historia». En el archivo solo hallé una referencia lejana al falle-

⁵ Mandelstam, Osip. *Viaje a Armenia*. Córdoba, Argentina: Alción, 2004.

cido el 29 de enero, pero cuando busqué «Schmucler» encontré una ficha del Toto en un legajo de la editorial Siglo XXI.

Cuando la leyó por primera vez, lejos de ser un momento dramático, su rostro se iluminó como el de un chico a quien le descubren una travesura. Estaba entre sorprendido y divertido; leyó datos de sí mismo que no recordaba, otros falsos, otros verdaderos pero interpretados forzosamente por los analistas de inteligencia. Nuestro amigo Norberto Pérez tenía el mandato legal para representar a la editorial y fue quien solicitó formalmente una copia del legajo a la justicia.

Luego de un tiempo, di un paso al costado respecto del archivo y quedó en manos de la Comisión Provincial por la Memoria (CPM). ¿Cómo se escribió esta historia? Fue el propio Toto, quien invitado 10 años después por la propia Comisión, expuso los acontecimientos apenas aquí enunciados y que diferían bastante de la versión oficial. La CPM afirmó haber hallado el archivo detrás de una pared. Toto refutó tal versión. Los detalles se conservan en el informe *Archivo para Toto*.⁶

Los llamados de los domingos a las 18.00 hs

A partir de 2009 comenzamos a hablar por teléfono los domingos a las 18.00 hs. Al principio lo llamaba a su casa de San Ambrosio. Sin haberlo planeado, el llamado se instituyó como una recíproca necesidad. Con los años supe que el Toto anticipaba que los domingos a las 18hs. tenía un compromiso ineludible. En las contadas ocasiones que no estuvo disponible, me avisó con antelación.

«Acá estoy, con algunos papeles...» comenzaba Toto la conversación. Nunca aclaraba exactamente qué eran esos papeles, imagino que una mezcla de lecturas ajenas y escrituras propias. Las charlas empezaban de lleno luego de una especie de breve minué. Hablábamos alrededor de una hora y la conversación tenía secciones: novedades personales, actualidad, literatura, política, chismes.

Durante la semana, tomaba notas mentales sobre temas que seguramente serían de nuestro interés dominical. Supongo que él haría algo similar.

Observé que a veces el Toto hacía algún comentario al pasar que luego pulía y exponía en alguna conferencia. Como si aquella frase, en

⁶ Informe del autor.

aquella charla, hubiera sido una versión embrionaria de la idea. Así ocurrió, por ejemplo, con el concepto del «amigo de facebook». Le ofendía el uso de la palabra «amigo» en esas circunstancias. Para él, la amistad era un sentimiento muy profundo y un amigo «es alguien que hace que nos sintamos menos solos». Otro ejemplo fue «la importancia de un afecto que lo esperara». Como si el cotidiano regreso a su casa hubiese sido insostenible si no estuviera Vanina, su compañera.

Un domingo, sentí su tono lo más enojado que podía esperarse de él, que no era mucho. Me contó consternado la opinión de un funcionario alemán sobre la shoah. Al parecer, había manifestado que dado que Alemania había compensando económicamente a los sobrevivientes, debían clausurar el tema. Algo le disparó al Toto la desatinada declaración del alemán, porque de inmediato trajo a colación sus motivos para rechazar la indemnización por su hijo desaparecido. «Cobrar la indemnización hubiera sido como canjear a mi hijo por dinero», afirmó el Toto. Fue entonces cuando le mencioné, a propósito del alemán, «schadenfreude»⁷, palabra que utilizaríamos a menudo a partir de entonces.

Esas charlas de domingo, «a la hora del balazo», como decíamos, eran entretenidas, motivadoras y ágiles como un partido de ping-pong. Yo venía trabajando en casos de búsqueda de identidad de origen que no estaban relacionados con la dictadura militar (1976-1983) desde la Dirección de Personas Desaparecidas del Ministerio de Seguridad de la Provincia de Buenos Aires. Se trataba de cientos de casos de ciudadanos apropiados o adoptados que querían conocer sus orígenes. El «ida y vuelta» con el Toto redundó en el libro *Tras la búsqueda*,⁸ con un magnífico prólogo de su autoría que tituló «La memoria de nosotros mismos». Porque se han identificado casi 130 hijos e hijas de desaparecidos, pero en la búsqueda hay alrededor de 11.000 «negativos», es decir, ciudadanos y ciudadanas cuyo ADN se ha cotejado con el Banco Nacional de Datos Genéticos y sin hallarse correspondencia con ese banco. Tales ciudadanos y ciudadanas, en general no encuentran respuesta del Estado para su problemática, por cierto, nada desdeñable.

Recuerdo una conversación especialmente risueña: recientemente operado de los ojos, vio el fuego de la hornalla mucho más azul que de

⁷ Palabra alemana que significa alegría por el sufrimiento ajeno. Se compone de Schade («pena») y Freude («gozo»).

⁸ Inchaurregui, Alejandro. *Tras la búsqueda. Historias en torno a la identidad de origen y los reencuentros*. La Plata, Argentina: Ministerio de Seguridad de la Provincia de Buenos Aires, 2009.

costumbre y, alarmado, llamó a la compañía de gas para avisar que algo malo sucedía. Del otro lado de la línea, el empleado le preguntó si por casualidad, no se había operado recientemente de los ojos.

Vienen a mi mente los relatos de sus entradas y salidas de prisión en su juventud durante el peronismo; su expulsión del Partido Comunista, su vivencia del Mayo Francés, sus transmisiones radiales de onda corta desde París, que escuchaba su padre en Córdoba. Su amistad con Julio Cortázar, con Aurora Bernárdez, con Pancho Aricó. Éramos reincidentes cuando se trataba de *Fuga de Muerte*, el impresionante poema de Paul Celan, de Ana Ajmátova o de los *Carnets* de Camus. Leímos en paralelo «*Los nuevos demonios*», de Simona Forti, para comentarlo cada domingo. Nos gustaban los diccionarios y confesábamos nuestras palabras preferidas: urdiembre, gamberro, solidaridad, lontananza...

La última vez que estuve con el Toto fue el 7 de septiembre de 2018. Había venido a La Plata con Vanina. Ella tenía actividades académicas, nosotros estuvimos buena parte de esos dos días en mi casa. Llevaba 20 meses lidiando con un linfoma. No obstante, fueron días muy apacibles. Escuchamos música, porque las conversaciones eran un poco más espaciadas. El último libro que hojeó esa tarde fue «*Vida y Destino*», de Vasili Grossman. Lo estoy viendo. Debe haber leído algún párrafo que lo motivó a decirme al pasar, que seguía siendo marxista y que nunca debió haberse alejado del judaísmo.

Casi a la hora de partir, le pregunté si al cabo de todos estos años y sin la certeza científica pero con decenas de elementos a favor, creía que quien había fallecido el 29 de enero de 1977 en la esquina de 4 y 56 era Pablo, su hijo. Dicho de otro modo, quería saber si «le había sido posible reconocer aquel camino hacia la calma». Me respondió que a veces oscilaba entre la certeza y la consideración de una fortísima hipótesis. Pero sin dudas se sentía más sosegado.

Salimos. Un latigazo de un sol color lila cerró los ojos del Toto por un instante. Era imposible sustraerse al aroma de las glicinas. Las venas de sus manos se asemejaban demasiado a las raíces del olmo. Dio unos pasos, se detuvo a observar los helechos y comentó que estaban más exuberantes que nunca.